



Título original: *Pride and Prejudice*

© 2025, de la traducción por Marina Barroso Villarreal
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

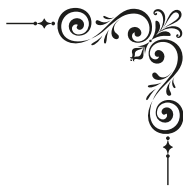
ISBN: 979-13-87575-75-5
Código IBIC: FC
DL: B 11.147-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en noviembre de 2025 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet—y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



JANE AUSTEN

ORGULLO Y PREJUICIO

TRADUCCIÓN DE MARINA BARROSO VILLARREAL



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

CAPÍTULO I

Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero poseedor de una gran fortuna necesita una esposa.

Sin embargo, por muy poco que se conozcan los sentimientos u opiniones de un hombre de tales condiciones, esta verdad está tan arraigada en las mentes de algunas de las familias que lo rodean que hay quien lo considerará como legítima propiedad de una u otra de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo un día su mujer—, ¿te has enterado de que, por fin, se ha arrendado Netherfield Park?

El señor Bennet respondió que no.

—Pues así es —insistió ella—; la señora Long acaba de estar aquí y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no hizo ademán de contestar.

—¿No quieres saber quién ha sido? —preguntó con impaciencia su mujer.

—Eres tú la que quieres contármelo, y yo no tengo inconveniente en escucharlo.

Aquello fue suficiente para ella.

—Pues bien, querido, la señora Long dice que Netherfield ha sido arrendado por un joven con una gran fortuna y procedente del norte de Inglaterra que vino el lunes en un carruaje de cuatro caballos para ver el lugar y quedó tan encantado con él que inmediatamente llegó a un acuerdo con el señor Morris. Se instalará antes de San Miguel y algunos de sus sirvientes ya estarán en la casa a finales de la semana que viene.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Está casado o soltero?

—¡Oh! Soltero, querido mío, por supuesto. Un hombre soltero y de gran fortuna; cuatro o cinco mil libras al año. ¡Qué buen partido para nuestras hijas!

—¿Y eso por qué? ¿En qué les afectará a ellas?

—Mi querido señor Bennet —contestó su mujer—, ¿cómo puedes ser tan molesto? Has de saber que estoy pensando en casarlo con una de ellas.

—¿Es ese el motivo por el que ha venido a vivir aquí?

—¡El motivo! Qué tontería, ¿cómo puedes decir eso? Pero es muy posible que se enamore de una de ellas, y por eso debes ir a visitarlo en cuanto llegue.

—No veo razón para ello. Puedes ir tú con las niñas o puedes dejar que vayan solas, lo cual tal vez sea mejor, porque tú eres tan hermosa como cualquiera de ellas y el señor Bingley podría preferirte a ti.

—Querido, me halagas. Es verdad que en su día gocé de buen ver, pero ahora no tengo nada de especial. Cuando una mujer tiene cinco hijas en edad casadera, debe dejar de pensar en su propia belleza.

—En tales casos, a la mayoría de las mujeres no les queda mucha belleza en la que pensar.

—En fin, querido mío, tienes que ir a visitar al señor Bingley en cuanto se instale en el vecindario.

—No te lo garantizo.

—¡Piensa en tus hijas! Date cuenta de lo que significaría un compromiso como ese para una de ellas. Sir William y lady Lucas están decididos a ir, y con ese único propósito. Ya sabes que normalmente no visitan a los nuevos vecinos. De veras, debes ir, porque para nosotras será imposible visitarlo si tú no lo haces antes.

—Eres demasiado comedida. Me atrevo a decir que el señor Bingley se alegrará mucho de veros; y yo le enviaré unas

líneas para asegurarle que cuenta con mí más sincero consentimiento para que contraiga matrimonio con cualquiera de las niñas; aunque pondré alguna palabra en favor de mi pequeña Lizzy.

—Confío en que no hagas semejante cosa. Lizzy no es en nada mejor que las otras; y no es ni la mitad de bella que Jane, ni la mitad de alegre que Lydia. Pero siempre ha sido tu favorita.

—Ninguna de las tres destaca especialmente —le respondió—. Son tan tontas e ignorantes como el resto de las muchachas de su edad; pero Lizzy tiene algo más de agudeza que sus hermanas.

—¡Señor Bennet! ¿Cómo puedes hablar así de tus hijas? Parece que te complace humillarme. No tienes compasión de mis pobres nervios...

—Te equivocas, querida. Les tengo mucho respeto a tus nervios. Son viejos amigos míos. Hace por lo menos veinte años que te oigo hablar de ellos.

—¡No sabes cuánto sufro!

—Sin embargo, confío en que lo superarás y vivirás para ver llegar al vecindario a muchos caballeros con una renta de cuatro mil libras al año.

—De nada serviría que viniesen veinte de esos jóvenes si no irías a visitarlos.

—Puedes estar segura, querida mía, que en cuanto estén aquí los veinte, los visitaré a todos.

El señor Bennet era una mezcla tan peculiar de ocurrencia, capricho, humor sarcástico y espíritu taciturno que la experiencia de veintitrés años no había sido suficiente para que su esposa comprendiese su carácter. La mente de la señora Bennet era menos complicada. Era una mujer de inteligencia escasa, poca educación y temperamento inestable. Su meta en la vida era casar a sus hijas; su consuelo, las visitas y el cotilleo.

CAPÍTULO II

El señor Bennet fue uno de los primeros en presentar sus respetos al señor Bingley. Siempre había tenido la intención de visitarlo, aunque hasta el final le aseguró a su mujer que no lo haría; y hasta la tarde posterior a que se llevara a cabo dicha visita su mujer no tuvo noticia de ello. Todo se descubrió de la siguiente manera: mientras el señor Bennet observaba cómo su segunda hija le ponía una cinta a su sombrero.

–Espero que le guste al señor Bingley, Lizzy.

–¿Cómo podemos saber qué le gusta al señor Bingley –dijo su esposa con resentimiento– si todavía no hemos ido a visitarlo?

–Pero olvidas, mamá –dijo Elizabeth–, que lo veremos en fiestas y que la señora Long ha prometido presentárnoslo.

–No creo que la señora Long haga semejante cosa. Tiene dos sobrinas en quienes pensar; es egoísta e hipócrita y no me inspira confianza.

–A mí tampoco –dijo el señor Bennet– y me alegra saber que no dependéis de lo que esa señora pueda hacer por vosotras.

La señora Bennet no se dignó a contestar; aunque, incapaz de contenerse, empezó a reprender a una de sus hijas:

–¡Por el amor de Dios, Kitty! ¡No tosas así! Ten compasión de mis nervios. Me los estás destrozando.

–Kitty no sabe toser con discreción –dijo su padre–. Siempre elige el momento más inoportuno.

–No toso por diversión –replicó Kitty, molesta.

–¿Cuándo será tu próximo baile, Lizzy?

–Dentro de quince días, a partir de mañana.

–Así es –exclamó la madre–, y la señora Long no volverá hasta un día antes; así que le será imposible presentárselo a nadie, porque ni siquiera ella lo conocerá.

–Entonces, querida mía, puedes tomarle la delantera a tu amiga y presentárselo tú a ella.

–Imposible, señor Bennet, imposible. Yo tampoco lo conozco. ¿Cómo puedes ser tan burlón?

–Celebro tu discreción. Una amistad de quince días es ciertamente muy incipiente. Uno no puede saber cómo es en realidad un caballero en solo dos semanas. Pero, si no nos arriesgamos nosotros, lo harán otros; y, al fin y al cabo, la señora Long y sus sobrinas también deben esperar a que se les presente la oportunidad. Como creará que es un acto de cortesía por su parte rechazar la atención, seré yo el que os lo presente.

Las muchachas miraron sorprendidas a su padre. La señora Bennet se limitó a decir:

–¡Tonterías, tonterías!

–¿Qué significa esa enfática exclamación? –preguntó el marido–. ¿Acaso consideras las formalidades de presentación una estupidez? ¡Con lo importantes que son! Discrepo contigo. ¿Qué dices tú, Mary? Sé que eres una joven muy reflexiva, y que lees grandes libros y copias algunos párrafos.

Mary quiso decir algo sensato, pero no supo qué.

–Mientras Mary aclara sus ideas –continuó él–, volvamos al señor Bingley.

–¡Estoy harta del señor Bingley! –gritó su esposa.

–Siento mucho oír eso; ¿por qué no me lo has dicho antes? De haberlo sabido esta mañana, no habría ido a visitarlo a su casa. ¡Qué lástima! Pero, como ya lo he hecho, no podemos renunciar a su amistad ahora.

El asombro de las damas fue precisamente el que él pre-

tendía; quizá el de la señora Bennet sobrepasara el del resto, aunque, una vez acabado el alboroto de alegría, declaró que en el fondo era lo que ella siempre había querido.

–¡Mi querido señor Bennet, qué bueno eres! Sabía que al final te convencería. Estaba segura de que quieres lo bastante bien a tus hijas como para no descuidar este asunto. ¡Qué contenta estoy! ¡Y qué ocurrencia que hayas ido esta mañana y no nos hayas dicho nada hasta ahora!

–Ahora, Kitty, ya puedes toser cuanto quieras –dijo el señor Bennet; y, mientras lo decía, abandonó la estancia, fatigado por los arrebatos de su mujer.

–¡Qué padre tan excelente tenéis, hijas mías! –dijo ella cuando se cerró la puerta–. No sé cómo podréis agradecerse, y yo tampoco. A estas alturas de la vida, os aseguro que no es agradable hacer nuevas amistades todos los días, pero, por vosotras, haríamos lo que fuera. Lydia, cariño, aunque tú eres la más joven, me atrevería a decir que el señor Bingley bailará contigo en la próxima fiesta.

–Ah, ¡estoy tranquila! –dijo Lydia firmemente–. Porque, aunque soy la más joven, soy la más alta.

El resto de la tarde se la pasaron haciendo conjeturas sobre cuándo devolvería el señor Bingley su visita al señor Bennet y decidiendo cuándo podrían invitarlo a cenar.

CAPÍTULO III

Por más que la señora Bennet, con la ayuda de sus cinco hijas, preguntase sobre el tema, no conseguía son-sacarle a su marido una descripción satisfactoria del señor Bingley. Abordaron el asunto de distintas maneras: con preguntas directas, ingeniosas suposiciones y conjeturas indirectas; pero, por muy hábiles que fueran, él conseguía eludirlas todas. Al final, se vieron obligadas a contentarse con la información de segunda mano de su vecina, lady Lucas. Su impresión resultó favorable. Sir William había quedado encantado con él. Era joven, extraordinariamente atractivo, extremadamente agradable y, para colmo, pensaba acudir al próximo baile con varios amigos. ¡No podía haber nada mejor! Que fuese aficionado al baile era, sin duda, un hecho que facilitaba el enamoramiento; y de ahí que se abrigaran muy vivas esperanzas para conquistar el corazón del señor Bingley.

—Si solo pudiera ver a una de mis hijas viviendo felizmente en Netherfield —le dijo la señora Bennet a su marido—, y a las otras igual de bien casadas, ya no pediría nada más en la vida.

Pocos días después, el señor Bingley le devolvió la visita al señor Bennet y estuvo alrededor de diez minutos con él en la biblioteca. Él había abrigado la esperanza de que le fuese permitido ver a las jóvenes señoritas de cuya belleza tanto había oído hablar; pero solo vio a su padre. Las niñas fueron un tanto más afortunadas, ya que tuvieron la ventaja de poder comprobar desde una ventana del piso

de arriba que el caballero llevaba una levita azul y montaba un caballo negro.

Poco después le enviaron una invitación para que fuera a cenar. La señora Bennet ya había elegido los manjares que darían crédito de su buen hacer como ama de casa cuando recibieron una respuesta que lo aplazaba todo. El señor Bingley se veía obligado a ir a la ciudad al día siguiente y, en consecuencia, no le era posible aceptar su amable invitación. La señora Bennet se quedó desconcertada. No podía imaginar qué asuntos le reclamaban en la ciudad tan poco tiempo después de su llegada a Hertfordshire y comenzó a temer que pudiese andar siempre revoloteando de un lado para otro sin establecerse definitivamente y como es debido en Netherfield. Lady Lucas apaciguó un poco sus temores sugiriendo que tal vez solo iba a Londres con el fin de reunir a su grupo de amigos para el baile; y muy pronto llegó el rumor de que Bingley iba a traer con él a doce damas y a siete caballeros para la fiesta. Las muchachas se afligieron ante un número tan alto de damas; pero el día antes del baile se aliviaron al saber que, en lugar de doce, solo vendría con seis: cinco hermanas y una prima. Y, al final, cuando el grupo entró en el salón el día del baile, solo eran cinco: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor y otro joven.

El señor Bingley era apuesto; tenía aspecto de caballero, un semblante agradable y modales sencillos, en absoluto afectados. Sus hermanas eran mujeres hermosas y de indudable elegancia. Su cuñado, el señor Hurst, no tenía más que la apariencia de caballero; pero fue su amigo, el señor Darcy, el que pronto atrajo la atención del salón por su distinguida postura. Era un hombre alto, de hermosos rasgos y porte aristocrático. Pocos minutos después de su entrada ya circulaba el rumor de que su renta era de diez mil libras al año. Los señores admitieron que, como hombre, tenía clase, y las damas declararon que era mucho más

atractivo que Bingley. Lo admiraron durante casi la mitad de la velada, hasta que sus modales causaron tal disgusto que hicieron cambiar el curso de su buena fama; se descubrió que era un hombre orgulloso, que se comportaba como si estuviera por encima de todos los demás y demostraba su insatisfacción con el ambiente que lo rodeaba; ni siquiera sus extensas posesiones en Derbyshire podían redimirlo de su aire odioso y desagradable, indigno de ser comparado con su amigo.

El señor Bingley pronto entabló amistad con las principales personalidades del salón; era alegre y honesto, y tan bailarín que lamentó que la fiesta acabase tan temprano y propuso organizar uno él mismo en Netherfield. Sus cualidades hablaban por sí solas. ¡Qué diferencia entre él y su amigo! El señor Darcy bailó solo una vez con la señora Hurst y otra con la señorita Bingley, se negó a que le presentasen a ninguna otra dama y se pasó el resto de la velada deambulando por el salón y hablando de vez en cuando con alguno de sus acompañantes. Su carácter quedó sentenciado: era el hombre más vanidoso y antipático del mundo, y todos esperaban que no volviese más por allí. Entre los más ofendidos con Darcy se encontraba la señora Bennet, cuyo disgusto ante su comportamiento general se había agudizado hasta convertirse en inquina por haber despreciado a una de sus hijas.

Había tan pocos caballeros que Elizabeth Bennet se había visto obligada a sentarse durante dos bailes; y durante ese tiempo Darcy estuvo lo bastante cerca de ella como para que la muchacha pudiese escuchar una conversación entre él y el señor Bingley para convencer a su amigo.

–Vamos, Darcy –dijo él–, tienes que bailar. No soporto verte ahí de pie, solo y con esa actitud tan estúpida. Será mejor que bailes.

–No pienso hacerlo. Sabes cuánto lo odio, a menos que conozca muy especialmente a mi pareja. En una fiesta como

esta, me resultaría imposible. Tus hermanas están comprometidas, y bailar con cualquier otra mujer de las que hay en este salón sería un castigo para mí.

–No deberías ser tan exigente y quisquilloso –se quejó Bingley–. Te doy mi palabra: nunca había visto a tantas jovencitas encantadoras como esta noche, y algunas de ellas son especialmente bellas.

–Tú estás bailando con la única muchacha bonita del salón –dijo el señor Darcy mirando a la mayor de las Bennet.

–¡Oh! ¡Es la criatura más hermosa que he visto en mi vida! Pero justo detrás de ti está sentada una de sus hermanas, que es muy hermosa y, me atrevería a decir, muy agradable. Deja que le pida a mi pareja que te la presente.

–¿A quién te refieres? –Se dio la vuelta y miró durante un instante a Elizabeth. Cuando sus miradas se cruzaron, él apartó inmediatamente la suya y dijo fríamente–: No está mal, aunque no es lo bastante hermosa como para tentarme; y no estoy de humor para darle importancia a jóvenes que ya han sido rechazadas por otros hombres. Será mejor que vuelvas con tu acompañante y disfrutes de sus sonrisas, porque estás malgastando tu tiempo conmigo.

El señor Bingley siguió su consejo. El señor Darcy se alejó y Elizabeth se quedó allí, con un marcado desagrado hacia él. Sin embargo, le contó la historia a sus amigos con humor porque era divertida y alegre, y solía encontrar lo ridículo bastante entretenido.

En resumidas cuentas, la velada transcurrió agradablemente para toda la familia. La señora Bennet vio cómo su hija mayor había sido admirada por el grupo de Netherfield. El señor Bingley había bailado con Jane dos veces, y las hermanas del caballero se habían mostrado especialmente atentas con ella. La joven estaba tan satisfecha como su madre, pero se lo guardaba para ella. Elizabeth se alegraba por Jane. Mary había oído cómo la señorita Bingley decía de ella que era la muchacha más culta del vecindario;

y Catherine y Lydia habían sido lo suficientemente afortunadas como para no quedarse nunca sin pareja, lo cual era lo único preocupante en los bailes. Así pues, todas regresaron contentas a Longbourn, el pueblo donde vivían y en el que eran los principales habitantes. Se encontraron al señor Bennet aún levantado; los libros le hacían perder la noción del tiempo; y en esta ocasión sentía gran curiosidad por los acontecimientos de una velada con tantas expectativas. Esperaba que la opinión de su esposa respecto al forastero fuera desfavorable, pero pronto descubrió que la historia sería muy distinta.

—¡Oh! Mi querido señor Bennet —dijo su mujer al entrar en la habitación—, hemos pasado una velada encantadora, el baile ha sido espléndido. Me habría encantado que hubieses venido. Jane despertó tal admiración, nunca se había visto nada igual. Todos comentaban lo preciosa que estaba, y el señor Bingley la encontró bellísima y bailó con ella en dos ocasiones. Fíjate, querido; ¡en dos ocasiones! Fue la única niña de todo el salón a la que le pidió bailar una segunda vez. Primero se lo pidió a la señorita Lucas. Me contrarió bastante verlo allí con ella, pero, por suerte, no le gustó en absoluto. Por supuesto, ¿quién podría admirarla? Sin embargo, pareció quedarse prendado de Jane cuando la vio moverse. Así es que preguntó quién era, se la presentaron y le pidió el siguiente baile. Entonces bailó el tercero con la señorita King, el cuarto con Maria Lucas, el quinto otra vez con Jane, el sexto con Lizzy y el *boulangier*...

—¡Si hubiese tenido alguna compasión de mí —exclamó el marido, impaciente— no habría bailado ni la mitad! ¡Por el amor de Dios, no me hables más de sus parejas de baile! ¡Ojalá se hubiese torcido un tobillo nada más comenzar!

—¡Oh, querido mío! —continuó la señora Bennet—. Me tiene fascinada, es apuesto y sus hermanas son encantadoras. Llevaban los vestidos más elegantes que he visto en mi vida. Me atrevería a decir que el encaje del de la señora Hurst...

En este momento, la mujer fue interrumpida de nuevo. El señor Bennet protestó contra toda descripción de atendidos y ella se vio obligada a buscar otra vertiente y contó, con gran amargura y algo de exageración, la escandalosa rudeza del señor Darcy.

—Pero puedo asegurarte —añadió— que Lizzy no pierde gran cosa al no ser de su agrado, porque es el hombre más desagradable y detestable que existe. No merece las simpatías de nadie. Es tan estirado y engréido que no hay forma de soportarlo. No hacía más que pasearse de un lado para otro como un pavo real. Ni siquiera es lo bastante atractivo como para que merezca la pena bailar con él. ¡Ojalá lo hubieras visto! Le habrías dado una buena lección. Detesto profundamente a ese hombre.

CAPÍTULO IV

Cuando Jane y Elizabeth se quedaron solas, la primera, que había sido cautelosa a la hora de elogiar al señor Bingley, le expresó a su hermana lo mucho que lo admiraba.

–Es todo lo que un joven debería ser –dijo ella–: sensato, alegre y con sentido del humor; nunca había visto modales tan desenfadados, tan naturales, ¡con esa educación tan perfecta!

–Y además es apuesto –replicó Elizabeth–, lo cual nunca está de más. Es un hombre completo.

–Me sentí muy halagada cuando me pidió bailar con él una segunda vez. No esperaba semejante cumplido.

–¿Ah, no? Pues yo sí. Pero esa es la gran diferencia entre nosotras. A ti los cumplidos siempre te sorprenden, y a mí, nunca. Nada podía ser más natural que volviera a bailar contigo. Era imposible que no se percatase de que eras cinco veces más hermosa que cualquier otra mujer del salón. No agradezcas su galantería. Desde luego, es muy amable, y apruebo que te guste. Te han gustado muchas personas más estúpidas.

–¡Lizzy!

–¡Oh! Sabes perfectamente que la gente tiende a gustarte. Nunca ves ningún defecto en nadie. Todo el mundo es bueno y agradable a tus ojos. Nunca te he oído hablar mal de nadie, en toda mi vida.

–No quisiera ser imprudente a la hora de censurar a nadie, pero siempre digo lo que pienso.

–Ya lo sé, y es admirable. Con lo sensata que eres, ¡y estás

tan ciega para las locuras y tonterías de los demás! Fingir candor es algo muy común, se ve en todas partes. Pero ser cándido sin ostentación ni premeditación, quedarse con lo bueno de cada persona, y hacerlo incluso mejor, y no decir nada de lo malo... eso solo lo haces tú. También te gustaron las hermanas del hombre, ¿no? Sus modales no se parecen en nada a los de él.

—Al principio, desde luego que no, pero cuando conversas con ellas son mujeres muy agradables. La señorita Bingley va a venir a vivir con su hermano y se ocupará de la casa. Y estoy segura de que encontraremos en ella a una vecina encantadora.

Elizabeth la escuchaba en silencio, pero no estaba convencida; el comportamiento de las hermanas Bingley en la fiesta no había sido complaciente. Mejor observadora que su hermana, con un temperamento menos indulgente y un juicio menos propenso a dejarse llevar por los halagos, la segunda de las Bennet estaba poco dispuesta a concederles su aprobación. Eran, en efecto, unas señoritas distinguidas, bastante alegres cuando estaban de humor y, cuando querían, sabían ser agradables; pero eran orgullosas y engreídas. Eran hermosas; habían sido educadas en uno de los mejores colegios privados de la capital y poseían una fortuna de veinte mil libras, gastaban más de la cuenta y se relacionaban con gente relevante, por lo que se creían con el derecho de pensar muy bien de sí mismas y mal de los demás. Pertenecían a una respetable familia del norte de Inglaterra: una circunstancia que estaba más profundamente grabada en su memoria que el hecho de que tanto su fortuna como la de su hermano tuviera origen en el comercio.

El señor Bingley heredó casi cien mil libras de su padre, quien ya había tenido la intención de comprar una mansión, pero no vivió lo suficiente para hacerlo. El joven señor Bingley era de la misma opinión y alguna vez estuvo tentado a comprar una propiedad dentro del condado; pero,

como ahora disponía de una buena casa y de la libertad de utilizar sus tierras, los que conocían bien su carácter tranquilo pensaban que existía la posibilidad de que pasara el resto de sus días en Netherfield y dejase la compra para la generación venidera.

Sus hermanas estaban deseando que tuviera una gran propiedad, pero, aunque en aquel momento no fuera más que arrendatario, la señorita Bingley no renunciaba a presidir su mesa, ni la señora Hurst, que se había casado con un hombre más pretencioso que rico, estaba menos dispuesta a considerar la casa de su hermano como la suya propia siempre que le conviniera. Aún no habían pasado dos años desde que el señor Bingley había alcanzado su mayoría de edad¹, cuando una recomendación casual lo indujo a visitar la propiedad de Netherfield. La visitó durante media hora, quedó satisfecho con las ponderaciones del propietario y la alquiló inmediatamente.

Entre él y Darcy existía una firme amistad, a pesar de tener caracteres tan opuestos. Bingley se había ganado la simpatía de Darcy por su temperamento abierto y dócil y por su naturalidad, a pesar de que no hubiese una forma de ser que ofreciese mayor contraste a la suya. Nunca parecía descontento con el temperamento de su amigo. Bingley sabía el respeto y la lealtad que Darcy le tenía, por lo que confiaba plenamente en él, así como en su buen juicio. Darcy era más inteligente y al mismo tiempo arrogante, reservado y quisquilloso, y sus modales, aunque educados, le restaban atractivo. En ese aspecto, su amigo le llevaba ventaja. Bingley era simpático y caía en gracia allá donde fuese; sin embargo, Darcy siempre resultaba desagradable.

El mejor ejemplo fue la forma en que conversaron en la fiesta de Meryton. Bingley nunca había conocido a gente más encantadora ni a jóvenes más bonitas en su vida; todo el

¹En ese tiempo, la mayoría de edad se adquiría a los 21 años, por lo que Bingley aún no tenía 23 años. (*N. de la T.*)

mundo había sido de lo más amable y atento con él, no había habido exceso de formalidades ni rigideces, y pronto se hizo amigo de todos los presentes en el salón. En cuanto a la señorita Bennet, no podía concebir hubiera un ángel más hermoso. Por el contrario, Darcy había visto una colección de personas sin belleza ni elegancia; ninguna de ellas le interesó lo más mínimo y de ninguna recibió atención ni amabilidad. Reconoció que la señorita Bennet era hermosa, pero sonreía demasiado.

La señora Hurst y su hermana admitieron que era cierto, pero, aun así, les gustaba y la admiraban, y dijeron de ella que era una muchacha muy dulce y que no tendrían inconveniente en conocerla mejor. Así pues, quedó establecido que la señorita Bennet era una muchacha encantadora, y aquella declaración autorizó al hermano a pensar en ella cuando quisiera.

CAPÍTULO V

A poca distancia de Longbourn vivía una familia con la que los Bennet tenían una estrecha amistad. Sir William Lucas se había dedicado con anterioridad al comercio en Meryton, donde había hecho fortuna y se había elevado a la categoría de caballero tras un discurso dirigido al rey durante el tiempo que ejerció como alcalde. Esta distinción se le había subido un poco a la cabeza, y empezó a no soportar tener que dedicarse a los negocios y vivir en una pequeña ciudad de mercado; así que, renunciando a todo ello, se había trasladado con su familia a una casa a una milla de Meryton, donde el hombre pudo dedicarse a pensar con placer en su propia importancia y, liberado de sus negocios, ocuparse solamente de ser cortés con todo el mundo. Porque, aunque estaba orgulloso de su nuevo rango, no se había vuelto engréido; por el contrario, era todo atenciones para con todo el mundo. De naturaleza inofensiva, sociable y servicial, su discurso en St. James lo había convertido en un hombre de la corte.

Lady Lucas era una buena mujer, pero no era lo suficientemente inteligente como para que la señora Bennet la considerase una persona de interés. Tenían varios vástagos. La mayor, una joven capaz y sensata de unos veintisiete años, era íntima amiga de Elizabeth.

Que las señoritas Lucas y las señoritas Bennet se reunieran para comentar lo sucedido en el baile era absolutamente necesario, y la mañana siguiente de la fiesta las primeras se acercaron a Longbourn para cambiar impresiones.

–Tú empezaste bien la velada, Charlotte –dijo la señora Bennet fingiendo amabilidad hacia la señorita Lucas–. Fuis-te la primera elección del señor Bingley.

–Sí, pero pareció gustarle más la segunda.

–¡Oh! Te refieres a Jane, supongo... porque bailó con ella dos veces. Sí, parece que le gustó... de hecho, creo que sí, que efectivamente le gustó... Me pareció oír algo..., no sé, algo sobre el señor Robinson.

–Quizá se refiera a lo que oí entre el señor Bingley y el señor Robinson. ¿No se lo he contado? El señor Robinson le preguntó si le gustaban las fiestas de Meryton, y si no creía que hubiera una cantidad extraordinaria de muchachas hermosas en el salón, y cuál le parecía la más bonita de todas. La respuesta del señor Bingley a esta última pregunta fue inmediata: «La mayor de las Bennet, sin duda. Solo puede haber una respuesta correcta».

–¡No me digas! Parece decidido a... Es como si... Pero, en fin, todo puede acabar en nada, ya sabes.

–Lo que yo oí fue más interesante que lo que oíste tú, Elizabeth –dijo Charlotte–. No merece la pena repetir lo que dijo el señor Darcy, ¿no crees? ¡Pobre Eliza! Decir solo: «No está mal».

–Te suplico que no le hagas creer a Lizzy que debe disgustarse por el humillante comportamiento del señor Darcy. Es un hombre tan desagradable que la desgracia sería gustarle. La señora Long me dijo la otra noche que había estado sentado a su lado y que no había abierto la boca ni una sola vez.

–¿Estás segura, mamá? ¿No te estarás confundiendo? Yo vi al señor Darcy hablar con ella.

–Sí, claro, porque al final ella le preguntó si le gustaba Netherfield y él no tuvo más remedio que contestar, pero la señora Long dijo que no le hizo ninguna gracia tener que dirigirle la palabra.

–La señorita Bingley me dijo –comentó Jane– que el señor

Darcy no suele hablar mucho, salvo con sus amistades más íntimas. Con ellos es encantador.

–No me creo ni una palabra, querida. Si fuera tan agradable, habría hablado con la señora Long. Pero ya me imagino lo que ocurrió: todo el mundo dice que rebosa orgullo, y me atrevo a decir que oyó que la señora Long no tiene carruaje porque no puede permitírselo y que había asistido al baile con uno de alquiler.

–A mí no me importa que no haya hablado con la señora Long –dijo la señorita Lucas–, pero desearía que hubiese bailado con Eliza.

–Si yo fuera tú, Lizzy –agregó la madre–, no bailarías con él.

–Creo, mamá, que puedo prometerte, sin duda, que jamás tendrás que bailar con él.

–El orgullo –dijo la señorita Lucas– ofende siempre, pero a mí el suyo no me resulta tan terrible. Él tiene una excusa. Es natural que un joven apuesto, de buena familia, con fortuna y con todo a su favor tenga un alto concepto de sí mismo. Por decirlo de algún modo, tiene derecho a ser orgulloso.

–Es muy cierto –replicó Elizabeth–, pero podría perdonarle fácilmente su orgullo si no hubiese herido el mío.

–El orgullo –observó Mary, que se vanagloriaba mucho por la solidez de sus reflexiones– es un defecto muy común. Por lo que he leído, es frecuente que la naturaleza humana tienda a él y son pocos los que albergan un sentimiento de autosuficiencia por una u otra razón, ya sea real o imaginaria. La vanidad y el orgullo son cosas distintas, aunque muchas veces se usen como sinónimos. Uno puede ser orgulloso sin ser vanidoso. El orgullo guarda relación con la opinión que tenemos de nosotros mismos; la vanidad, con lo que deseamos que los demás piensen de nosotros.

–Si yo fuese tan rico como el señor Darcy –exclamó un joven Lucas que había venido con sus hermanas–, no me importaría ser orgulloso. Tendría una jauría de sabuesos y bebería una botella de vino al día.

–Pues beberías mucho más de lo debido –dijo la señora Bennet– y, si yo te viera, te quitaría la botella inmediatamente.

El niño dijo que no se atrevería, ella insistió en que sí y así siguieron discutiendo hasta que la visita se dio por concluida.

CAPÍTULO VI

Las señoras de Longbourn no tardaron en visitar a las de Netherfield, y estas devolvieron la visita como se esperaba. El encanto de la señorita Bennet aumentó la estima que la señora Hurst y la señorita Bingley sentían hacia ella, y, aunque encontraron que la madre era insoportable y que no valía la pena dirigirles la palabra a las hermanas menores, expresaron el deseo de estrechar lazos con las dos mayores. Jane recibió esta atención con agrado, pero Elizabeth todavía percibía la arrogancia con la que aquellas mujeres trataban a todo el mundo, exceptuando con reparos a su hermana Jane, y le era imposible apreciarlas. Aunque valoraba el trato que le ofrecían a su hermana, sabía que probablemente aquello se debía a la influencia de la devoción que su hermano sentía por ella. Cuando se encontraban, era evidente que Bingley admiraba a Jane, y para Elizabeth, resultaba igualmente obvio que su hermana estaba cediendo a la predilección que había sentido por él; estaba a punto de enamorarse perdidamente. Elizabeth se alegraba de que la gente no pudiera notarlo, puesto que Jane era capaz de albergar sentimientos intensos y mantener una actitud sosegada, unos modales ejemplares y una constante jovialidad de modo que alejaba las sospechas de los más imperitinentes. Así se lo comentó a su amiga, la señorita Lucas.

—Tal vez sea mejor en este caso —replicó Charlotte— poder escapar a la curiosidad de la gente; pero a veces es malo ser tan reservada. Si una mujer oculta su afecto al hombre que ama, puede perder la oportunidad de conseguirlo; y entonces

sería un pobre consuelo pensar que los demás también lo ignoran. Hay tanto de gratitud y vanidad en casi todos los vínculos que no es nada conveniente dejarlos a la deriva. Todas podemos empezar por una ligera preferencia, pero muy pocas de nosotras tenemos suficiente corazón como para enamorarnos si no nos incitan a ello. En nueve de cada diez casos, una mujer debe mostrar más cariño del que siente. Indudablemente, a Bingley le gusta tu hermana; pero, si ella no lo ayuda, la cosa no pasará de ahí.

—Pero hace todo lo que puede, todo lo que su forma de ser le permite. Si yo puedo notar el cariño de Jane hacia él, él sería estúpido si no lo viese.

—Recuerda, Eliza, que él no conoce el carácter de Jane como lo conoces tú.

—Pero, si una mujer está interesada en un hombre y no trata de ocultarlo, él tiene que descubrirlo.

—Tal vez sí, si se ven lo suficiente. Pero, aunque Bingley y Jane se encuentran a menudo, nunca es por mucho tiempo, y además solo ocurre en fiestas con mucha gente; no pueden conversar a solas. Así que Jane debería aprovechar al máximo cada minuto en el que pueda contar con su atención. Y, cuando esté segura de haberlo conquistado, ya tendrá tiempo para enamorarse de él todo lo que quiera.

—Tu plan es bueno —contestó Elizabeth—, pero solo para casos en los que el único deseo es el de casarse bien; y si yo pretendiese conseguir un marido rico, o un marido cualquiera, me atrevo a decir que lo llevaría a cabo. Pero esos no son los sentimientos de Jane, ella no actúa con premeditación. Hasta ahora, ni siquiera está segura de la intensidad de lo que siente ni de su conveniencia. Solo hace quince días que lo conoce. Bailó con él en cuatro ocasiones en Meryton, lo vio una mañana en su casa y desde entonces ha cenado en su compañía cuatro veces, pero jamás a solas. No es tiempo suficiente para que ella conozca su carácter.

—No tal y como tú lo planteas. Si solamente hubiese cenado

con él, Jane podría haber descubierto si el señor Bingley tiene o no buen apetito, pero no debes olvidar que han pasado cuatro noches juntos... y cuatro veladas pueden mostrar mucho.

—Sí, en esas cuatro veladas han confirmado qué bailes prefieren cada uno, pero no creo que Jane haya podido averiguar las cosas realmente importantes de su carácter.

—Bueno —replicó Charlotte—, deseo de todo corazón que a Jane le salgan las cosas bien; y, si se casase con Bingley mañana, creo que tendría más posibilidades de ser feliz que si hubiese estudiado su carácter durante doce meses. La felicidad en el matrimonio es solo una cuestión de suerte. Que ambas personas se conozcan de antemano no garantiza su dicha. Las diferencias se acentúan hasta hacerse insoportables; siempre es mejor saber lo menos posible de los defectos de la persona con la que una va a compartir el resto de su vida.

—Me haces reír, Charlotte; ¡no tiene sentido! Sabes que no tiene sentido; además, tú nunca actuarías de esa forma.

Ocupada en observar las atenciones de Bingley para con su hermana, Elizabeth estaba lejos de sospechar que ella misma iba a ser objeto de interés a ojos de su amigo. Al principio, el señor Darcy apenas se dignó admitir su belleza; no había demostrado ninguna admiración por ella en el baile, y cuando se encontraron la siguiente vez, solo la miró para criticarla. Pero apenas recalcó ante sus amigos que no se podía decir que Elizabeth tuviera un rostro bonito, Darcy comenzó a entrever que la bella expresión de sus ojos oscuros le otorgaban un aire de extraordinaria inteligencia. A este descubrimiento siguieron otros igualmente mortificantes. Aunque detectó con mirada suspicaz más de un error en la perfecta simetría de su figura, tuvo que reconocer que su cuerpo era grácil y esbelto; y, a pesar de que afirmaba que sus modales no eran propios de la sociedad más refinada, se sentía atraído por su naturalidad y su alegría. De

esto, ella no tenía la más remota idea. Para ella, Darcy era el joven antipático que no la había considerado lo suficientemente hermosa como para invitarla a bailar.

Él empezó a querer conocerla mejor. Antes de hablar con ella, se fijó en las conversaciones que Elizabeth entablaba con los demás, pero este hecho llegó a oídos de la muchacha. Ocurrió un día en casa de sir Lucas, donde se había reunido un numeroso grupo de personas.

—¿Qué pretende el señor Darcy? —le dijo a Charlotte— Ha estado curioseando mi conversación con el coronel Forster.

—Esa es una pregunta que solo el señor Darcy puede contestar.

—Si lo vuelve a hacer le haré saber que sé lo que pretende. Es muy sarcástico y, si no me muestro firme, acabará por tenerle miedo.

Poco después, cuando se les volvió a acercar sin aparente intención de hablar con ellas, la señorita Lucas incitó a su amiga para que le mencionase la cuestión al señor Darcy. Inmediatamente, Elizabeth se volvió hacia él y le dijo:

—¿No cree usted, señor Darcy, que me he expresado muy bien hace un momento, cuando le he rogado al coronel Forster que nos ofreciese un baile en Meryton?

—Con gran energía... pero ese es un tema que siempre anima a las mujeres.

—Es usted severo con nosotras.

—Pronto será ella quien reciba los ruegos de los demás —dijo la señorita Lucas—. Voy a abrir el piano, Eliza, y ya sabes lo que sigue.

—¿Qué clase de amiga eres? Siempre me pides que cante y toque delante de todo el mundo. Si Dios me hubiese llevado por el camino de la música, tu amistad tendría un valor incalculable; pero, tal y como están las cosas, preferiría no sentarme al piano delante de gente que debe de estar acostumbrada a escuchar a los mejores músicos. —Ante la insistencia de la señorita Lucas, añadió—: Muy bien, si no hay más remedio...

El concierto de Elizabeth fue agradable, pero no extraordinario. Después de una o dos canciones, y antes de que pudiese complacer las peticiones de algunos asistentes que querían que cantase de nuevo, fue reemplazada al piano por su hermana Mary, que, al ser la menos brillante de la familia, trabajaba duro para adquirir conocimientos y habilidades que siempre estaba impaciente por demostrar.

Mary no tenía ni talento ni gusto, y, aunque la vanidad la había hecho aplicada, también le había proporcionado un aire pedante y unos modales afectados que deslucían cualquier brillantez superior a la que ella había alcanzado. Aunque había tocado la mitad de bien, a Elizabeth la habían escuchado con más agrado por su soltura y sencillez; Mary, al final de su largo concierto, no obtuvo más que unos cuantos elogios por la interpretación de ciertas melodías escocesas e irlandesas, que había tocado a petición de sus hermanas menores, que, con alguna de las Lucas y dos o tres oficiales, bailaban alegremente en un extremo del salón.

Darcy permaneció en silencio cerca de ellos, indignado ante aquel modo de pasar la velada. Se hallaba tan absorto en sus propios pensamientos que no se fijó en que sir William Lucas estaba a su lado hasta que este se dirigió a él:

—¡Qué entretenimiento tan encantador para la juventud, señor Darcy! No hay nada como bailar. Lo considero uno de los grandes refinamientos de las sociedades más distinguidas.

—Ciertamente, señor... y también tiene la ventaja de estar de moda entre las sociedades menos distinguidas del mundo. Cualquier salvaje baila.

Sir William esbozó una sonrisa.

—Su amigo baila maravillosamente —añadió, después de una pausa, al ver a Bingley unirse al grupo— y no me cabe la menor duda, señor Darcy, de que usted mismo es un experto en la materia.

–Me vio usted bailar en Meryton, señor.

–Desde luego que sí, y me causó un gran placer verlo. ¿Baila usted a menudo en St. James?

–Nunca, señor.

–¿No cree que sería una actividad adecuada para con ese lugar?

–Si puedo evitarlo, es una actividad a la que no me entrego en ningún lugar.

–Supongo que tiene usted una casa en la capital.

El señor Darcy asintió.

–En el pasado, pensé en fijar mi residencia en la ciudad, porque me encanta la alta sociedad; pero no estaba seguro de que el aire de Londres le sentase bien a lady Lucas.

Sir William hizo una pausa con la esperanza de que Darcy respondiera, pero su acompañante no parecía dispuesto y, al ver que Elizabeth se les acercaba, se le ocurrió agasajarla con una galantería. Llamó su atención:

–Mi querida señorita Eliza, ¿por qué no está bailando? Señor Darcy, permítame que le presente a esta joven como una excelente compañera de baile. No puede usted negarse a bailar ante semejante belleza.

Tomó a Elizabeth de la mano con la intención de pasársela a Darcy, quien, aunque extraordinariamente sorprendido, no iba a rechazarla... cuando ella, de repente, le retiró la mano y le dijo a sir William un tanto desconcertada:

–En realidad, señor, no tenía la menor intención de bailar. Le ruego que no suponga que he venido hasta aquí para buscar un compañero de baile.

El señor Darcy, con toda corrección, le pidió que le concediese el honor de bailar con él, pero fue en vano. Elizabeth estaba decidida, y ni siquiera sir William, con todos sus argumentos, pudo persuadirla.

–Es usted tan excelente en el baile, señorita Eliza, que es muy cruel por su parte negarme la satisfacción de verla; y, aunque a este caballero le disguste divertirse, estoy seguro

de que no tendría inconveniente en complacernos durante media hora.

–El señor Darcy es todo cortesía –dijo Elizabeth, sonriendo.

–Lo es, en efecto; pero, considerando el aliciente que tiene delante, querida Eliza, no podemos sorprendernos... porque, ¿quién podría rechazar a una compañera tan encantadora?

Elizabeth los miró con coquetería y se retiró. Su resistencia no le había perjudicado en absoluto a ojos de Darcy, que estaba pensando en ella con satisfacción cuando fue interrumpido por la señorita Bingley.

–Puedo adivinar por qué está tan pensativo.

–Creo que no.

–Está pensando en lo insoportable que sería pasar más veladas de esta forma, en una compañía como esta; y, por supuesto, soy de su misma opinión. Nunca he estado más aburrida. ¡Qué gente tan insípida y qué alboroto arman! Con lo insignificantes que son y la importancia se dan. ¡Daría lo que fuera por oír lo que piensa de ellos!

–Sus conjeturas son totalmente erróneas. Mi mente estaba ocupada en cosas más agradables. De hecho, estaba meditando sobre el encanto de un par de ojos bonitos en el rostro de una mujer hermosa.

La señorita Bingley lo miró fijamente, deseando que le dijese qué dama había inspirado tales pensamientos. El señor Darcy, intrépido, contestó:

–La señorita Elizabeth Bennet.

–¡La señorita Elizabeth Bennet! –repitió–. Me deja atónita. ¿Desde cuándo es su favorita? Y dígame, ¿cuándo tendré que darle la enhorabuena?

–Esa es precisamente la pregunta que esperaba que me hiciese. La imaginación de una dama va a gran velocidad y salta de la admiración al amor y del amor al matrimonio en un segundo. Sabía que me daría la enhorabuena.

–Si lo toma tan en serio, creeré que es ya cosa hecha. Va a tener usted una suegra encantadora, de veras, y ni que decir tiene que estará siempre en Pemberley con ustedes.

El señor Darcy la escuchaba con indiferencia, mientras ella seguía disfrutando con sus sarcasmos; y al ver, por la actitud del joven, que no había ningún peligro, dio rienda suelta a su ingenio.

CAPÍTULO VII

La propiedad del señor Bennet consistía casi enteramente en una hacienda de dos mil libras al año, la cual, desafortunadamente para sus hijas, estaba comprometida, por falta de herederos varones, a un pariente lejano; y la fortuna de la madre, aunque abundante para su posición, difícilmente podía compensar la escasez de la de su marido. Su padre había sido abogado en Meryton y le había dejado cuatro mil libras. La señora Bennet tenía una hermana casada con un tal señor Philips que había sido empleado de su padre, y había heredado el negocio, y un hermano en Londres que regentaba un respetable establecimiento comercial.

El pueblo de Longbourn se encontraba solo a una milla de Meryton, distancia muy conveniente para las señoritas, que habitualmente acudían allí tres o cuatro veces por semana para visitar a su tía y, de paso, detenerse en la sombrerería y mercería que había de camino. Las que más frecuentaban estas actividades en Meryton eran las dos señoritas menores, Catherine y Lydia, que solían estar más desocupadas que sus hermanas, y, cuando no se les ofrecía nada mejor, decidían que un paseo hasta la ciudad era un buen modo de pasar la mañana y proporcionar conversación para la tarde; porque, aunque las noticias del campo no solían abundar, su tía siempre tenía algo que contar. En aquel momento estaban bien provistas de novedades y alegría, pues estaba a punto de llegar un regimiento militar a la vecindad; iba a quedarse todo el invierno y Meryton iba a convertirse en su cuartel general.

Ahora las visitas a la señora Philips eran de lo más interesante. Cada día añadía algo relevante a lo que ya conocían sobre los nombres de los oficiales y sus familias. Los alojamientos ya no eran un secreto y pronto comenzaron a conocer a los oficiales en persona. El señor Philips los visitó a todos, cosa que constituyó para sus sobrinas una fuente de satisfacción insospechada. No podían hablar de otra cosa que no fueran los soldados y, a su lado, la gran fortuna del señor Bingley, de la que tanto le gustaba hablar a su madre, quedaba eclipsada por el atractivo de los galones de los oficiales.

Una mañana, después de oír cómo sus hijas hablaban sobre el asunto, el señor Bennet observó con frialdad:

—Por todo lo que puedo sacar en limpio por vuestro modo de hablar, debéis de ser las muchachas más estúpidas del condado. Ya lo sospechaba, pero ahora estoy convencido.

Catherine se quedó tan desconcertada que no replicó; pero Lydia, con absoluta indiferencia, continuó expresando su admiración por el capitán Carter y su deseo de volver a verlo aquel mismo día, pues a la mañana siguiente se marchaba a Londres.

—Me asombra, querido —dijo la señora Bennet—, lo dispuesto que siempre estás a creer que tus hijas son tontas. Si yo tuviese que despreciar a alguien, sería a los hijos de los demás, no a mis niñas.

—Si mis hijas son estúpidas, lo menos que puedo hacer es reconocerlo.

—Sí... pero da la casualidad de que todas son muy listas.

—Presumo que ese es el único punto en el que, me temo, no estamos de acuerdo. Siempre confié en que nuestros pareceres coincidirían en este punto, pero difiero... Nuestras dos hijas menores son tontas de remate.

—Mi querido señor Bennet, no esperarás que estas niñas tengan el juicio de sus padres. Cuando tengan nuestra edad, no pensarán en oficiales más que nosotros. Me

acuerdo de una época en la que me encapriché de un cascaca roja... y, la verdad, todavía lo llevo en mi corazón. Si un joven coronel, con cinco o seis mil libras anuales, quisiera a una de mis hijas, no le diría que no. De hecho, la otra noche en casa de sir William, encontré muy elegante al coronel Forster.

—Mamá —dijo Lydia—, la tía dice que el coronel Forster y el capitán Carter ya no van a visitar a la señorita Watson como antes. Ahora los ve a menudo delante de la biblioteca ambulante del señor Clarke.

La mujer no pudo contestar, pues un sirviente que traía una nota para la señorita Bennet los interrumpió. Venía de Netherfield y esperaba respuesta. Los ojos de la señora Bennet brillaron de alegría y apremió a su hija para que acabase de leer:

—Y bien, Jane, ¿de quién es? ¿De qué se trata? ¿Qué dice? Date prisa y cuéntenos, querida; Jane, date prisa...

—Es de la señorita Bingley —dijo Jane, y entonces leyó en voz alta:

Mi querida amiga:

Si tiene compasión de nosotras, venga a cenar hoy con Louisa y conmigo. Si no, correremos el riesgo de odiarnos la una a la otra el resto de nuestras vidas, porque dos mujeres juntas no pueden acabar un día entero sin discutir. Venga tan pronto como le sea posible tras recibir esta nota. Mi hermano y los caballeros cenarán con los oficiales.

Un cordial saludo,

Caroline Bingley

—¡Con los oficiales! —exclamó Lydia—. ¡Qué extraño que la tía no nos lo haya contado!

—Cenan fuera... —dijo la señora Bennet—, qué mala suerte.

—¿Puedo utilizar el carruaje? —preguntó Jane.

—No, querida; será mejor que vayas a caballo, porque parece que va a llover y así tendrás que pasar allí la noche.

–Sería un buen plan –dijo Elizabeth–, si estuvieras segura de que no se ofrecerán a traerla a casa.

–Oh, los señores llevarán el carruaje del señor Bingley a Meryton y los Hurst no tienen caballos propios.

–Preferiría ir en el carruaje.

–Pero, querida, tu padre no puede prestarte los caballos de tiro. Se necesitan aquí en la granja. ¿No es así, señor Bennet?

–Son tan necesarios en la granja que ni yo mismo puedo conseguirlos.

–Pero si puedes tenerlos hoy –dijo Elizabeth–, el propósito de mi madre se verá cumplido.

Al final Elizabeth solo consiguió que su padre admitiese que los caballos de tiro estaban ocupados. Así que Jane se vio obligada a ir a caballo. Su madre la acompañó hasta la puerta celebrando con alegría que llovería. Sus deseos se vieron cumplidos; poco tiempo después de que Jane se hubiese ido, empezó a llover a cántaros. Las hermanas se quedaron intranquilas y preocupadas por ella, pero su madre estaba encantada. La lluvia siguió durante toda la tarde; era obvio que Jane no podría volver...

–Realmente, he tenido una idea muy acertada –repitió la señora Bennet en varias ocasiones, como si el mérito fuera suyo.

Sin embargo, hasta la mañana siguiente no fue consciente de que su estrategia había funcionado a las mil maravillas. Apenas había acabado de desayunar cuando un sirviente de Netherfield trajo la siguiente nota para Elizabeth:

Mi querida Lizzy:

Me encuentro indispuesta esta mañana, lo cual, supongo, se debe a que ayer me empapé hasta los huesos durante todo el camino. Mis amables amigas no quieren oír hablar de mi regreso a casa hasta que no mejore. Insisten también en que me visite el señor Jones; no os asustéis si os enteráis de que ha venido a verme. No tengo nada más que dolor de garganta y jaqueca.

Tuya,

Jane

–Bien, querida –dijo el señor Bennet una vez Elizabeth acabó de leer la nota en voz alta–, si Jane enfermara gravemente o muriera, sería un consuelo saber que todo fue por conseguir al señor Bingley y que todo sucedió bajo tus órdenes.

–¡Oh! No temo que muera. La gente no se muere por un resfriado sin importancia. Tiene buenos cuidados, así que mientras esté allí todo irá de maravilla. Iría a verla si pudiese disponer del carruaje.

Elizabeth, verdaderamente preocupada, estaba determinada a ir a verla. Como no disponía del carruaje y no sabía montar, caminar era su única alternativa. Anunció su decisión en voz alta.

–¿Cómo puedes ser tan tonta? –exclamó su madre–. ¿Cómo se te puede ocurrir tal cosa? ¡Con todo el barro que hay! Llegarías sucia, nadie te pondría mirar así de impresentable.

–Estaría presentable para ver a Jane, que es lo único que deseo.

–¿Me estás sugiriendo que mande a buscar los caballos de tiro, Lizzy? –preguntó su padre.

–No, en absoluto. No me importa caminar, pues no hay distancias cuando se tiene un motivo para hacerlo. Son solo tres millas. Estaré de vuelta a la hora de cenar.

–Admiro tu generosidad –observó Mary–; pero todo impulso del sentimiento debe estar dirigido por la razón y, a mi juicio, el esfuerzo debe ser proporcional a lo que se persigue.

–Nosotras iremos contigo hasta Meryton –dijeron Catherine y Lydia.

Elizabeth aceptó su compañía y las tres jóvenes partieron juntas.

–Si nos damos prisa –dijo Lydia mientras caminaba–, tal vez podamos ver al capitán Carter antes de que se vaya.

En Meryton se separaron; las dos menores se dirigieron a las dependencias de la esposa de uno de los oficiales y Eli-

zabeth continuó su camino sola. Cruzó campo tras campo a paso ligero, saltó cercas y sorteó charcos enfangados con impaciencia hasta que al fin se encontró delante de la casa, con los tobillos doloridos, las medias embarradas y el rostro encendido por el ejercicio.

La pasaron al comedor, donde estaban todos reunidos, menos Jane, y donde su presencia causó una gran sorpresa. A la señora Hurst y a la señorita Bingley les resultó increíble que hubiese caminado tres millas sola, tan temprano y con aquel tiempo espantoso. Elizabeth quedó convencida de que la despreciaban por haberlo hecho. No obstante, la recibieron con cortesía, y la actitud del hermano fue amable y llena de humor. El señor Darcy habló poco, y el señor Hurst absolutamente nada. El primero fluctuaba entre la admiración por la luz que el ejercicio le había proporcionado a su rostro y la duda de si la ocasión justificaba el que hubiese recorrido sola un trayecto tan largo. El segundo solo pensaba en desayunar.

Las preguntas que Elizabeth hizo acerca de su hermana no recibieron respuestas favorables. La señorita Bennet había dormido mal y, aunque se había levantado, tenía mucha fiebre y no estaba en condiciones de salir de su habitación. Elizabeth se alegró de que la llevaran a su alcoba inmediatamente; y Jane, que se había contenido de expresar en su nota cuánto deseaba una visita de sus familiares por miedo a alarmarlos y preocuparlos, se alegró muchísimo al verla entrar. A pesar de todo, no tenía ánimo para mucha conversación. Cuando la señorita Bingley las dejó solas, no pudo expresar más que gratitud por la amabilidad con que la trataban en aquella casa. Elizabeth la atendió en silencio.

Cuando acabó el desayuno, las hermanas Bingley se reunieron con ellas, y a Elizabeth empezaron a parecerle simpáticas al ver el cariño y la atención que mostraban por Jane. El boticario llegó y examinó a la paciente, declarando, como era de suponer, que había cogido un fuerte resfriado

y que debían hacer todo lo posible por cuidarla. Le recomendó que volviera a la cama y le recetó algunas medicinas. Siguiéron las instrucciones del experto de inmediato, pues los efectos de la fiebre se hicieron notar y el dolor de cabeza se estaba intensificando. Elizabeth no abandonó la habitación ni un solo instante, y las señoritas tampoco se ausentaron por mucho tiempo. Los caballeros estaban fuera porque, en realidad, nada tenían que hacer en otro lado.

Cuando dieron las tres, Elizabeth pensó que era hora de marcharse y, en contra de su voluntad, así lo expresó. La señorita Bingley le ofreció el carruaje y Elizabeth solo esperó que la joven insistiese un poco más para aceptarlo. Entonces Jane comunicó su deseo de marcharse con su hermana; por lo que la señorita Bingley se vio obligada a convertir el ofrecimiento del carruaje en una invitación para que Elizabeth se quedase en Netherfield. Ella aceptó agradecida, y mandaron un sirviente a Longbourn para que comunicara a la familia que se quedaba y que, por favor, regresara con ropa.